



LA CULTURA DE LA COMUNICACION

Hélé BEJI

Hoy parece un hecho evidente que la esencia de la cultura moderna no es sino la comunicación. ¿Qué quiere decir? Que desde ahora todas las culturas tendrán que afrontar el desafío de darse una forma perceptible e identificable para toda la humanidad si quieren tener alguna existencia más allá del interés de los etnólogos. Efectivamente, a pesar de las reservas que podamos tener ante el mundo de la comunicación, tenemos que admitir que ninguna cultura podrá sobrevivir si no adquiere la capacidad de comunicar. La cultura que no lo consiga, estará condenada, tarde o temprano, al aislamiento.

Una vez reconocido, tendremos que estudiar los efectos que pueda tener esta nueva realidad, que constituye la dimensión auténticamente contemporánea de la cultura, no sin hacer antes algunas reflexiones so-

bre la propia naturaleza de la comunicación. Se trata de una nueva forma de cultura cuya lógica, dinámica y vocación tienden a la hegemonía, a la dominación. En este sentido, va a transformar una serie de percepciones que

tenemos sobre la conciencia cultural, tanto la propia como la de los demás. La cultura en conjunto va a sufrir una serie de cambios que hacen que la misma palabra «cultura» se convierta en un problema, que se haga casi sospechosa. Permítanme que les presente alguno de esos cambios, a modo de ejemplo.

El primer cambio importante que observo es que la comunicación no precisa necesariamente de un acto de comprensión, sino que se basa más bien en la percepción de mensajes, imágenes, señales que favorecen, a causa de su escaso grado de intelección, formas rudimentarias de expresión. La fuerza del mensaje no reside en su contenido, sino en su sonoridad, su resonancia, su difusión.

Nos vemos, por lo tanto, obligados a reconocer la paradoja de que la comunicación, aun siendo el principal instrumento de información entre los hombres, cercanos o lejanos, no sirve como instrumento de inteligibilidad. Por el contrario, tenemos la sensación de que el mundo se nos hace cada vez más ininteligible precisamente por culpa de la comunicación. Lo que hoy día llamamos pérdida de sentido no quiere decir que el mundo que nos rodea haya perdido el sentido sino que nuestro elemento de análisis y de comprensión nos falla, nos impide el discernimiento porque está totalmente ocupado, devorado

***La comunicación
no sirve
como instrumento
de inteligibilidad.***

por el espacio de la comunicación. Nos hallamos ante el dilema de no tener más remedio que pasar por el mundo de la comunicación para expresarnos pero, al mismo tiempo, lo que expresamos adquiere una resonancia caricaturesca, efímera, puntual, circunstancial, que acrecienta el malestar de la razón, la necesidad de claridad, la insatisfacción del espíritu.

El segundo cambio que observo es que la pérdida de inteligibilidad del mundo ligada al desarrollo de la comunicación hace de esta herramienta cultural un objeto que yo definiría como de propósito «oscurantista». Si no queremos llevarnos a engaño, tendremos que admitir que hay un oscurantismo propio del mundo moderno que no es una simple fijación en lo arcaico. En nuestra época se dan formas de ignorancia *activa*, que se diferenciaría de la ignorancia *pasiva* como, por ejemplo, el analfabetismo, que se presentan como una galería de semi-saberes, de falsos saberes que se basan en el dominio de la credulidad o la debilidad de los demás. En efecto, no hay que creer que el oscurantismo se confunde con la ignorancia sino que es más bien un poder usurpado a la ignorancia; es, como diría Condorcet, «la tiranía que la astucia ejerce sobre la ignorancia».

Al reducir los contenidos inteligibles a formas de percepción rudimentarias o insignificantes, cuya debilidad intelectual reside, como ya he dicho, en la propia naturaleza de su difusión y su propagación, se facilita la domesticación mental y se debilitan las defensas de la conciencia y, por lo tanto, de la libertad.

Esta es la paradoja de que la mayor democracia de la cultura con la comunicación (porque la comunicación es, sin duda, una instancia democrática) va a

traducirse en un retroceso del ejercicio real de libertad. Vemos cómo se desarrollan nuevas formas de sumisión mental y, por consiguiente, se perfeccionan las técnicas de dominación. No se trata, como piensan algunos, de un complot o de una conspiración bien preparada, sino de una sumisión de las conciencias por una nivelación progresiva. Del mismo modo, podemos llegar a la conclusión de que una cultura cuyo modo de ser no fuera más que comunicación, no podría ser considerada como fruto de la conciencia.

Un tercer cambio que sufre la cultura con la comunicación se encuentra en la religión de lo actual, que hay que distinguir del presente. El presente no es actual, porque el presente es también una categoría de lo intemporal, mientras que lo actual, por el contrario, pertenece inmediatamente al orden de lo caduco, expira al instante, es lo que pasa de moda en cuanto se hace célebre.

Del mismo modo, vemos cómo aparece en la civilización humana una cultura inédita que se nos presenta como el primer ejemplo histórico de una cultura sin memoria, fenómeno del que aún no se han previsto todas las consecuencias. Es una cultura para la que no existe la duración, y esa ausencia, ese vacío temporal, nos lleva a la cuestión de la inteligibilidad, la imposibilidad misma de captar el sentido. Nos encontramos ante una cultura que destruye, que aniquila instantáneamente lo que produce, en una búsqueda imposible de lo actual. Se sacrifica lo intemporal en aras de lo actual.

Aquí también, al captar la atención casi exclusivamente por lo actual, se profundiza la sumisión del espíritu y su dificultad para orientarse. Se favorece la desorientación moral y, por lo tanto,

***Vivimos hoy
el primer ejemplo
de una cultura
sin memoria.***

la vulnerabilidad ante los estándares y los esquemas que pretenden interpretar el mundo de forma unívoca.

Por último, la última metamorfosis de la cultura que voy a mencionar, relacionada con las anteriores, consiste en que la comunicación, al debilitar el valor del conocimiento y, en particular, del conocimiento de obras (opuesto a la percepción de hechos), compensa esta atrofia intelectual con valores de autoafirmación hiperbólica, con un narcisismo cultural y étnico cada vez más radical. Es lo que denominaría el *existencialismo cultural*.

¿En qué se basa? Exclusivamente en la capacidad de comunicar. La comunicación alimenta y entroniza los elementos de identificación de la cultura, fomenta identificaciones espontáneas, saca la cultura del orden de lo adquirido para convertirla en la expresión de un innatismo elemental, donde se da una justificación cultural al menor síntoma, aunque sea el más burdo, o se concede la categoría de principio a la menor reacción primaria.

II

La comunicación desarrolla pues, de forma general, los reflejos ideológicos más que los recursos del pensamiento. Mientras que la comunicación se presenta como la más transparente en sí y

***La mezcla total
de las culturas
es una ficción
muy peligrosa.***

la más accesible a los demás, resulta ser donde menos lo es, y donde se convierte en una referencia opaca. A fin de cuentas, la comunicación alimenta numerosas representaciones totalitarias en las que la autoafirmación y el autoelogio se anteponen a cualquier otra consideración.

Esta evolución se produce en detrimento de dos facultades humanas esenciales: la facultad moral y la facultad científica. La facultad moral, o el discernimiento de sí mismo, es decir, la capacidad de discernir, dentro de la propia identidad cultural, el bien del mal, lo humano de lo inhumano, esa sutil combinación de crueldad y altruismo que hay en todas las culturas, se reduce con la exaltación de la identidad. En estos momentos, todo el mundo tiende a hacer de su propia cultura una virtud, es decir, a sublimar la referencia al origen en tanto que tal, como si el origen fuera en sí sinónimo de bien o de absoluto.

Surge el problema de que toda cultura, al considerarse en el fondo el centro de lo universal, cree que existe por el acto de su proclamación (como si bastara con autoproclamarse para existir), y se va a encontrar en una situación delicada frente a las demás culturas, puesto que al afirmar la solidez de su fundamento excluye el de las demás. Vemos así como esta situación puede llevar el germen inevitable de la

intolerancia, el enfrentamiento y la violencia.

La comunicación desarrolla nuevas formas de conciencia primitivas, sectarias y regresivas, de las cuales la expresión religiosa no es más que uno de sus aspectos. Insisto en esta idea de que hay que interpretar los movimientos religiosos como expresión propia de la modernidad, y no como su negación. «La organización intelectual de los odios políticos» es propia de la modernidad, decía Julien Benda.

Por último, esta era democrática de las culturas ha llevado a una autoafirmación general en la que se pide mayor abertura, y donde cada cual intenta singularizarse, protegerse. La mezcla total de las culturas me parece una utopía aún mayor que la búsqueda de la pureza absoluta. Se trata de dos ficciones, tan peligrosa la una como la otra.

El resultado es que con la comunicación estamos zozobrando en una especie de solicitud un tanto loca, excesiva, generalizada, un falso reconocimiento de los unos por los otros (es en realidad la propia experiencia del malentendido) que implica fatalmente al Yo, único punto de equilibrio del ser desorientado. El Yo se radicaliza para recuperarse mejor. De hecho, con la comunicación las identidades caen en un gran engaño en el que se abandonan al hábito de saciarse espontáneamente.

Como reacción a esta nivelación general, surge la ilusión de la restauración absoluta de la tradición. El fundamentalismo religioso, por ejemplo, bajo cualquiera de las denominaciones que se le dé, cree que va a volver a su favor el producto de la modernidad. Ahí es donde parece encontrarse su error.

Abro aquí un pequeño paréntesis para decir que, ante la radicalidad de una utopía, más vale refutar los errores que denunciar los crímenes. Quiero destacar que al denunciar la criminalidad de un movimiento o de un sistema, no podemos estar seguros de combatirlo eficazmente. Por el contrario, podemos incluso reforzarlo, porque el terror siempre ha sido en la historia de la humanidad tanto objeto de fascinación y prestigio como de horror, en virtud de un poder de sacrificio que puede parecer, a los ojos de muchos intelectuales, expresión de su verdad o de su necesidad. Pienso que al refutar sus errores desacreditamos mucho más rápidamente un mal político o histórico que si nos contentamos con denunciar sus crímenes.

Diría que el radicalismo religioso comete hoy en día dos errores. El primero es creer que la religión es un equivalente mágico de la técnica, y que va a vencerse a la modernidad mediante la profecía. Es un peligro para los musulmanes crédulos, pero también una ganga para los occidentales cínicos, porque Occidente se ha encontrado inesperadamente con una nueva ideología tras la caída del comunismo. El fantasma del integrismo le permite afirmar su hegemonía de una forma aún más sofisticada. De esta manera, el radicalismo religioso termina fortaleciendo la civilización que cree combatir.

El otro error que alimenta a la ideología religiosa reside en la ilusión de su propia restauración, cuando el sentido de los movimientos religiosos es ir en contra de la cultura más actual de nuestro tiempo, su aptitud para controlar a las masas con mensajes rudimentarios, y el arte de la propaganda. De hecho, estos movimientos destruyen a marchas forzadas la propia tradición.

Y ello porque una actitud acrítica, es decir, ideológica, hacia la tradición, la destruye, la pervierte. Porque la tradición sólo puede convertirse en un instrumento para interpretar el mundo, y por tanto, un instrumento de inteligibilidad, mediante el conocimiento, y no mediante la comunicación. Criticar la tradición es una forma de salvarla. Reivindicarla es perderla.

El otro perjuicio que causa la cultura de la comunicación, junto a la debilidad moral ante formas de representación exacerbadas de sí mismo, a la pérdida de visión ante sus propias inclinaciones humanas o inhumanas, ataca directamente a nuestra capacidad científica. Una vez más, la conciencia es víctima de una orientación mística a causa de la comunicación de identificación, que desacredita la razón.

En el fenómeno de exaltación de los orígenes mencionado anteriormente, en el que se sacralizaba el origen como una virtud superior, no se dice nada sobre la naturaleza de ese origen, que siempre permanece oscuro. Es oscuro porque nunca podrá establecerse con claridad, al tiempo que gana en poder afectivo lo que pierde en discernimiento intelectual.

¿De dónde procede la pretensión de que tenemos orígenes culturales? ¿Es como esos hijos de la antigua nobleza,

***Es un error creer
que puede vencerse
a la modernidad
con la profecía.***

con una vanidad de extracción tan caprichosa que debilita la rama de la que se reclaman? ¿Del derecho de sangre? ¿De la memoria? ¿De un atavismo mal elucidado? ¿De la familia? ¿De la raza? ¿De una edad de oro? ¿De una angustia? ¿Hasta dónde podemos remontar los orígenes de la cultura? A ninguna parte. ¿Hay un criterio tangible del origen cultural? Ninguno. La presunción en la que se basa no es suficiente. Las apologías del origen cultural son separaciones tan rígidas como inciertas, tan confusas como despóticas, de la conciencia humana.

III

Pero, ¿de dónde procede este nuevo discurso de la comunicación que exalta identidades y orígenes? De los extremos de la fuerza y la debilidad: de América y del Tercer Mundo: porque los extremos de la abundancia y la pobreza se tocan en su expresividad cultural. Los desheredados de la tierra emplean los mismos símbolos para existir que los privilegiados para dominar. Unos para dominar más, otros para servir más.

Cuando se cree combatir la uniformidad de la comunicación ensalzando los orígenes, en realidad se reafirma su poder. La comunicación se nos muestra como un modo engañoso de expresar la identidad.

***No podemos
remontar los orígenes
de la cultura
a ninguna parte.***

Creo que la idea de la equivalencia de las culturas que difunde la comunicación es una trampa. Porque, más allá del principio del valor humano de toda cultura, de su igualdad moral con respecto a las demás, la cuestión de su desigualdad de poder vuelve a ponernos en dificultades.

Por un lado, como ya he dicho, no está claro que el reconocimiento formal de las culturas (de las identidades) haya cambiado realmente la creencia que tenemos de ser el centro de lo universal. Por otro, la validez moral de todas las culturas no puede impedir que haya algunas que se presenten con una vocación global. Se impone actuar con lucidez: la aceptación de las demás culturas no ha debilitado el orgullo natural con el que todos afirmamos la nuestra.

Por lo tanto, nada puede evitar que una cultura consciente de sus realizaciones y de su fuerza se sienta obligada a seguir la llamada de lo que considera su genio propio, y a desarrollar esa fuerza. Si toda cultura intenta distinguirse de las demás con todos los medios materiales y morales de los que dispone, ¿cómo podríamos convencer a una cultura orientada por valores de exploración y conquista para que modere lo que, en su opinión, es su razón de existir, lo que le ha permitido realizar lo que es, su originalidad creadora, aunque sea en detrimento de aquellas otras que se contentan con su particularidad, sin preocuparse por lo que hay más allá de sus horizontes?

A fin de cuentas, ¿no es la sociedad occidental como una inmensa tribu muy compleja, que extrae el placer de vivir de su energía prometea, de su curiosidad, de su vocación técnica, sin preocuparse por la destrucción que ocasiona

con la combustión que considera indispensable para su desarrollo? Llevada al máximo, ¿no nos conduce a la dictadura intelectual y moral de la cultura occidental? ¿No es esto lo que ocurre en el fondo con el *occidentalismo*? Las doctrinas culturales que han puesto a flote los débiles con la descolonización han dado indudables oportunidades a los fuertes, cuyo juego consiste en controlar culturalmente su época para que no les someta.

Como siempre, la época se sitúa en lugar de la moral. La cultura moderna difícilmente puede evitar aplastar las culturas tradicionales, aun con las mejores intenciones del mundo, no porque sea superior en inteligencia o humanidad (en muchos aspectos es mucho más estúpida e inhumana), sino porque tiene la ventaja sobre las demás de ser la cultura del presente. No porque el presente sea cualitativamente mejor que el pasado, sino porque está aquí, porque es, mientras que el pasado ya no es.

Naturalmente, puede alegarse que el pasado de una cultura tradicional siempre es para ella su presente pero precisamente la energía que se dedica por entero a mantener la memoria no puede compararse con la incomparable fuerza de la realidad de la capacidad para crear época, de producir su época. Esta lucha, queramos o no, es desigual, sin duda inmoral, y el pasado, a pesar de toda su sabiduría, siempre traicionará su debilidad irreal ante el poder del presente.

Sin embargo, el carácter implacable de la modernidad, ese nuevo rostro de la necesidad, ¿no hace aún más desgarradora la reivindicación de la identidad cuando se une al sentimiento trágico de la falta de patria del hombre moderno,

convertida según palabras de Heidegger en «destino mundial»? La búsqueda de un lazo auténtico, tangible, humano, el temor a una civilización de la que Freud ya había dicho que se realizaría a costa de una renuncia psicológica y de una desesperación existencial que pueden ser inhumanas, todo ello, ¿no hace perfectamente lógicas las resistencias culturales?

¿Qué es lo que dicen? Que el hombre no puede resistir de manera abstracta la crueldad exterior o extranjera, y lo hace adhiriéndose a creencias, reflejos, equilibrios suficientemente precisos y coherentes que le confieren una sensación de valor e invulnerabilidad frente a la adversidad y la insensibilidad del mundo.

Pero, como hemos visto, comunicar su cultura implica unirse a esa globalización de las actitudes y los discursos que favorecen el desarraigo, en lugar de impedirlo. De esta manera, el radicalismo cae en la trampa que quiere evitar. Y así, domina una forma de sociedad moderna, cuya máxima expresión es el individualismo, nihilista y fantasmagórico, de la comunicación cultural.

Surge por fin la siguiente cuestión: ¿Cómo hacer que la cultura moderna, cuya esencia es la comunicación, se convierta en un instrumento de inteligibilidad, y no de sometimiento? ¿Y que

***Las únicas
culturas legítimas
son aquellas capaces
de conversar.***

la reivindicación cultural, cualquiera que sea la tradición que reclame, no sea un elemento de autoceguera, ni una presunción que autorice cualquier arbitrariedad?

Rehabilitando algo que no es comunicación, que yo denominaría *conversación*.

La conversación no es la comunicación. Cuando todos nos comunicamos con todos sobre cualquier cosa, nadie conversa con nadie sobre nada. La conversación recoge lo que la comunicación dispersa. La comunicación es un hecho social, la conversación es una vocación del espíritu.

La comunicación es un juego de poder, la conversación es un método de reconocimiento. La comunicación crea la ilusión de la expresión, pero sólo la conversación conlleva la voluntad de pensar. La conversación, en su sentido etimológico, implica la frecuentación, el trato familiar de una compañía, la proximidad, mientras que la comunicación no necesita nin-

guna proximidad, frecuentación, ni comprensión.

En mi opinión, las únicas culturas legítimas son aquellas que son capaces de *conversar*. La capacidad conversadora es la que da un rostro comprensible, familiar, íntimo al que está más alejado. Establece la inteligibilidad de lo que no es propio. Reintroduce la conciencia moral, la ética en el intercambio. Restablece, por encima de la comunicación, el acto de generosidad del espíritu a favor de la verdad, frente a la comunicación, que es un acto de expolio del espíritu a favor del poder.

Conversar, y no comunicar, es la diferencia que hay entre prestar atención a los demás, y distraerse anónimamente sin atender a nadie. Conversar es ese arte espiritual, intemporal de la compañía, tan familiar a todas las culturas, tanto las más recientes como las más antiguas, el único que puede ayudar al hombre a superar el duro destierro de la comunicación moderna, que le priva del placer de habitar y contemplar un mundo a su imagen y medida.